

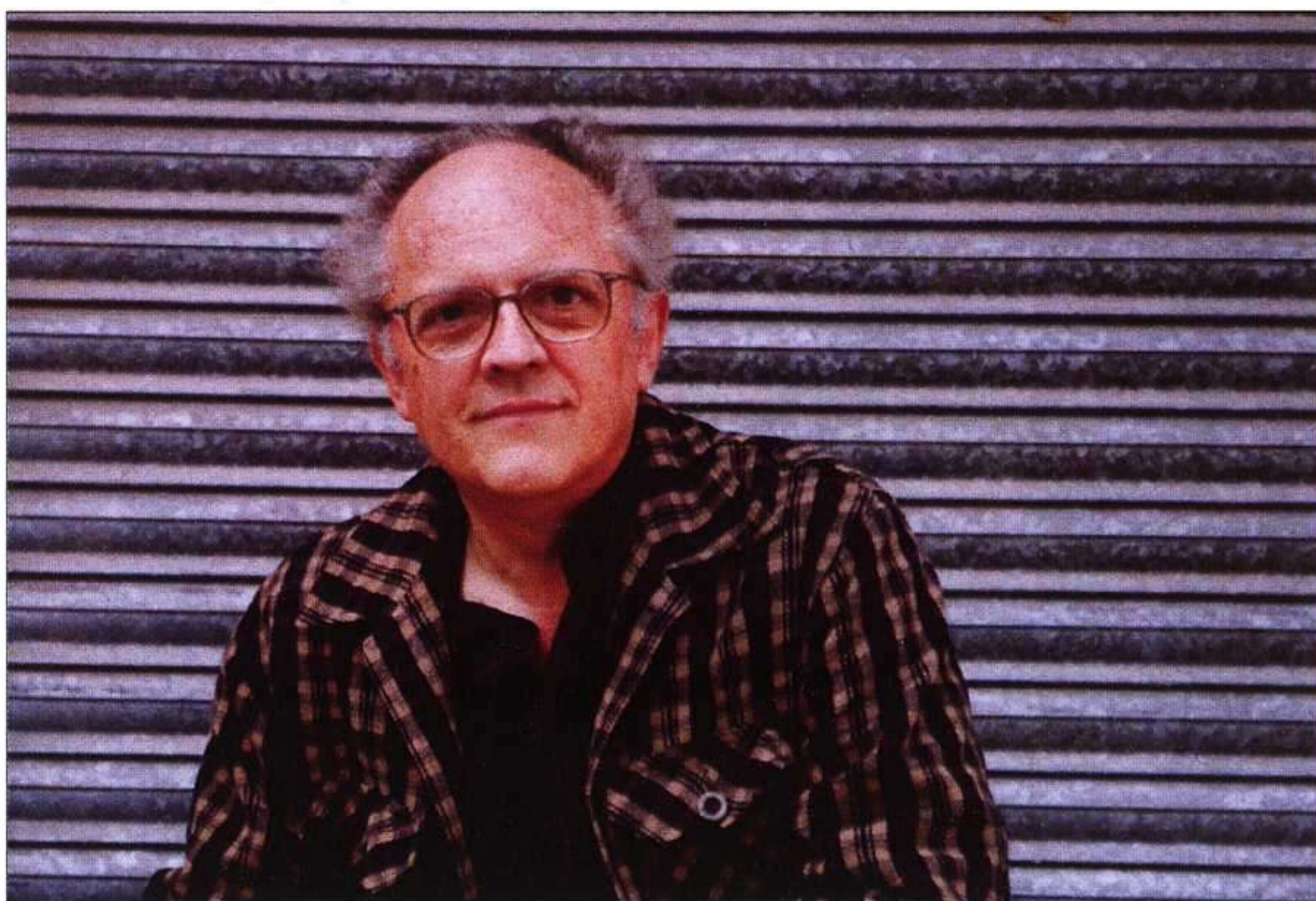


ESTUDIO

Lo distinto es lo que nos hace iguales

Una visión de la obra de Carlos Puerto

Anabel Sáiz Ripoll*



La obra de Carlos Puerto es, en palabras de la autora de este estudio, «inteligente, variada, singular e intensa». Puerto, por su parte, define su literatura como «la obra de un viajero del mundo que cuenta lo que ve y lo que quisiera ver, lo que sueña y lo que a veces le produce pesadillas». Aquí se nos ofrecen las claves para entender a este destacado autor de LIJ.

7

CLIJ156

Entre los autores actuales de literatura infantil y juvenil, Carlos Puerto destaca porque tiene una obra inteligente, variada, singular e intensa. Para referirse al momento que se vive en nuestro país, no duda en decir: «Pienso que el momento es bueno, en España hay grandes, incluso grandísimos autores. Pero también es verdad que, por un lado, tal vez seamos demasiados autores (sin olvidar que también hay tantos premios, tantas ediciones de libros que luego no se cuidan y acaban saldándose). Y por otro, que los lectores son demasiado pocos. ¿Cómo equilibrar este despropósito? No hay solución aparente, a no ser que los lectores aumenten, lo que sólo se puede hacer compartiendo con ellos la pasión por la lectura, demostrándoles que leer no es algo aburrido, sino una fuente inagotable de misterios por descubrir. Dicho es fácil, pero ¿cómo conseguirlo dentro de un sistema educativo agobiante, que prima el éxito (es decir la profesión bien remunerada, el negocio, el poder, el exhibicionismo) antes que la sensibilidad?».

Un viajero del mundo

Carlos Puerto (Madrid, 1942) define su literatura como «la obra de un viajero del mundo que cuenta lo que ve y lo que quisiera ver, lo que sueña y lo que a veces le produce pesadillas. Si con mis libros hago que la gente descubra que su mundo no es el pequeño lugar donde han nacido y que el planeta Tierra tiene muchas cosas hermosas y horribles que también son nuestras, pues entonces me doy por satisfecho». Por lo tanto, huye de los localismos y sus novelas pueden preciarse de tener por escenario los sitios más dispares, porque Carlos Puerto cree en la literatura como puente de unión, como punto de encuentro, como lugar común para todos, sea cual sea nuestro origen. Es más, muchos de sus libros van orientados al público infantil y juvenil por una mera cuestión editorial o de colecciones, no por su contenido, que puede —y debería— ser leído por un público más amplio. «En mi juventud —confiesa— me influyó mucho la literatura rusa (Dostoyevski, Chéjov, Gógol, Turguéniev) y la francesa (Proust, Mau-

riac, Baudelaire, Verlaine, Saint-Exupéry). Hoy sigo aprendiendo a sufrir con Nabokov (digo a sufrir porque leerlo es saber que nunca se podrá escribir tan bien como él) o con Lawrence Durrell. Y también Kafka y Max Frisch y Updike y Malamud y Saroyan y Elroy... y otros cincuenta, por lo menos, más.»

La literatura de Carlos Puerto no se ci-

ñe a ningún modelo, porque en ella, ya lo veremos, la imaginación juega al escondite con la realidad, los personajes se transforman y los escenarios no son meros decorados. Así, nuestro autor, puede decir con buen criterio: «Nunca pienso en el lector antes ni mientras escribo. Por eso, mi obra es tan variada en temática y edades. Tengo una idea, a veces



TERESA NOVOA, LA ORQUESTA SUBTERRÁNEA, SM, 1995.

una obsesión, y cuando la termino me doy cuenta de que tal o cual lector no lo va a entender bien, y que es para jóvenes; o que me ha salido demasiado infantil, y entonces va a otro lugar».

Carlos Puerto escribe desde muy joven, aunque se inició en la literatura para adultos en la que consiguió distintos premios como el Ciudad de León, el Literoy de novela, los del Inerso y Hucha de Plata de Cuentos, el del Círculo de Escritores Cinematográficos a la mejor labor literaria y algunos más. «Empecé a escribir en serio —nos cuenta— hacia los 18 años, cuando me di cuenta de que me apetecía emular a los escritores con los que tanto había disfrutado, viajando a su lado, emocionándome, divirtiéndome, haciéndome conocer otros países, paisajes y personas. E, incluso, haciéndome meditar sobre cómo somos por dentro».

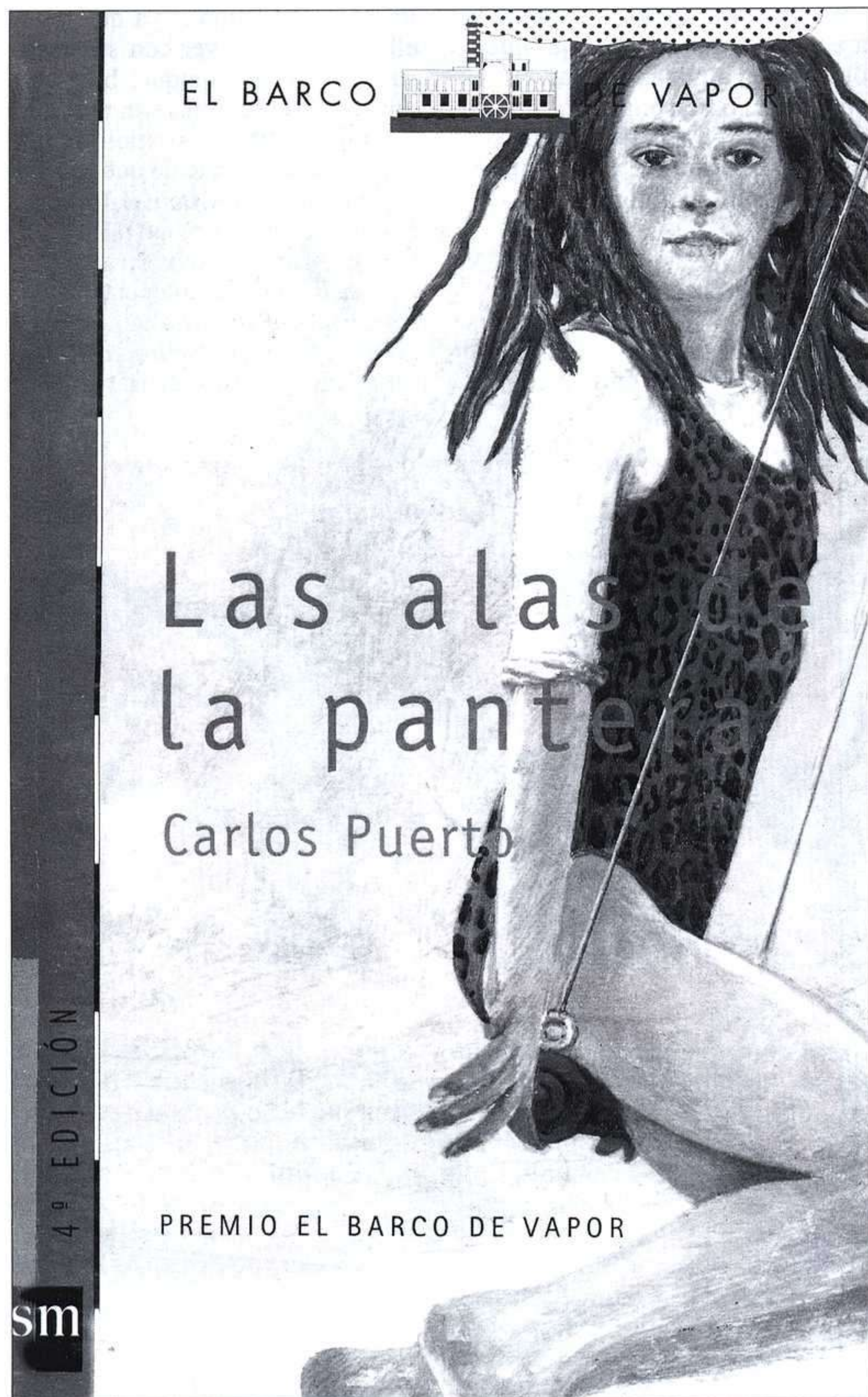
Un buen día, de manera no premeditada, se cruzó en su camino la literatura infantil y juvenil y, desde finales de la década de los 80, Carlos Puerto se dedica en exclusividad a ella. Él mismo nos lo explica: «Comienzo a escribir literatura infantil y juvenil (después de darme a conocer como autor “de adultos”) por culpa del programa de TVE *Barrio Sésamo*, en el que contribuí activamente escribiendo los guiones. Ese programa me abrió los ojos a un mundo que se me había escapado hasta entonces, y me dije “si más o menos sé escribir y más o menos conozco el mundo infantil, ¿por qué no unirlo?”. Lo intenté, los lectores (y las editoriales) me aceptaron y aquí estoy con más de cien libros de este género publicados».

Su labor creativa, pues, se relaciona con el cine, la radio y la televisión; medios en los que ha colaborado con asiduidad. En televisión ha realizado los guiones de *Barrio Sésamo*, *Los mundos de Yupi*, *Hora Once* y *Novela*. En radio y cine también ha intervenido en *Viaje al centro de la tierra*, *El último guateque*, *En mil pedazos*, *La capilla ardiente...*

En la actualidad, se dedica exclusivamente a la LIJ. Así, participa activamente en los encuentros entre escritores y alumnos, a veces denostados, aunque él nos da su opinión al respecto: «Yo soy un asiduo a estos encuentros; prácticamente me paso todo el curso recorriendo España de un lado a otro ofreciendo-

me a mis lectores. Los encuentros son estupendos cuando los lectores saben quién eres, lo que has hecho, cuando el profesor ha creado una expectativa al encuentro. Entonces ellos complementan su conocimiento del libro y de su autor, y yo conozco un poco más a mis lectores, sus gustos, sus emociones. Pero cuando el encuentro no está prepara-

do, y los alumnos vienen a reunirse contigo como si sólo sirvieras para que pierdan una clase no deseada, imagínate la inutilidad para unos y otros. De ahí la importancia de que los maestros hagan de estos encuentros algo especial, los trabajen antes y después, y así todos habremos ganado un montón de cosas buenas».



Su obra es considerable y de temática amplia y variada, por lo que aquí intentaremos ofrecer algunas de sus claves narrativas, temas, personajes..., aunque tratando algunos de sus títulos que podríamos decir que son, de alguna manera, los favoritos de su autor.

Temas y géneros variados

A Carlos Puerto, aparte de escribir, le apasiona viajar y es una influencia que

traspasa a sus libros, ya que muchos de ellos tienen que ver con sus viajes, con sus emociones, aunque, bien es cierto, que sus motivaciones son múltiples: «Al escribir un libro mis motivaciones son muy variadas. Un viaje que haya hecho y quiera recordar (*Akuna Matata* y *Las huellas del misterio*), un problema que se me ofrece ante los ojos (la anorexia en *Mi tigre es lluvia* o la violencia urbana en *Un frío viento del infierno*), mi pasión por algo (la música en *La mirada*, el cine en mi serie *Los Sabuesos*, el arte en general en

mi nueva serie *Los Siete Enigmas...*), el intentar entender a un personaje histórico, Juana de Arco en *Las manos de luz*, el gran jefe sioux en *Yo fui Toro Sentado*)... y así hasta el infinito».

En esta aproximación, que pretende ser completa, aunque nunca será exhaustiva, podríamos decir que la obra de Carlos Puerto va por distintos caminos que trataremos de simplificar a continuación:

— La realidad y el mundo que nos rodea, con libros que hablan de temas actuales, comprometidos y valientes por los puntos de vista que el autor maneja: *Un frío viento del infierno*, *La mirada*, *Mi tigre es lluvia*...

— La relación, que genera complicidad y aventuras, entre personas de distinta edad, a menudo unidas por una relación de parentesco: *Un corte de pelo y una sonrisa*, *No leas este libro*, *¡Hala, vamos a Alabama!*, *El extraño caso del circo chino*...

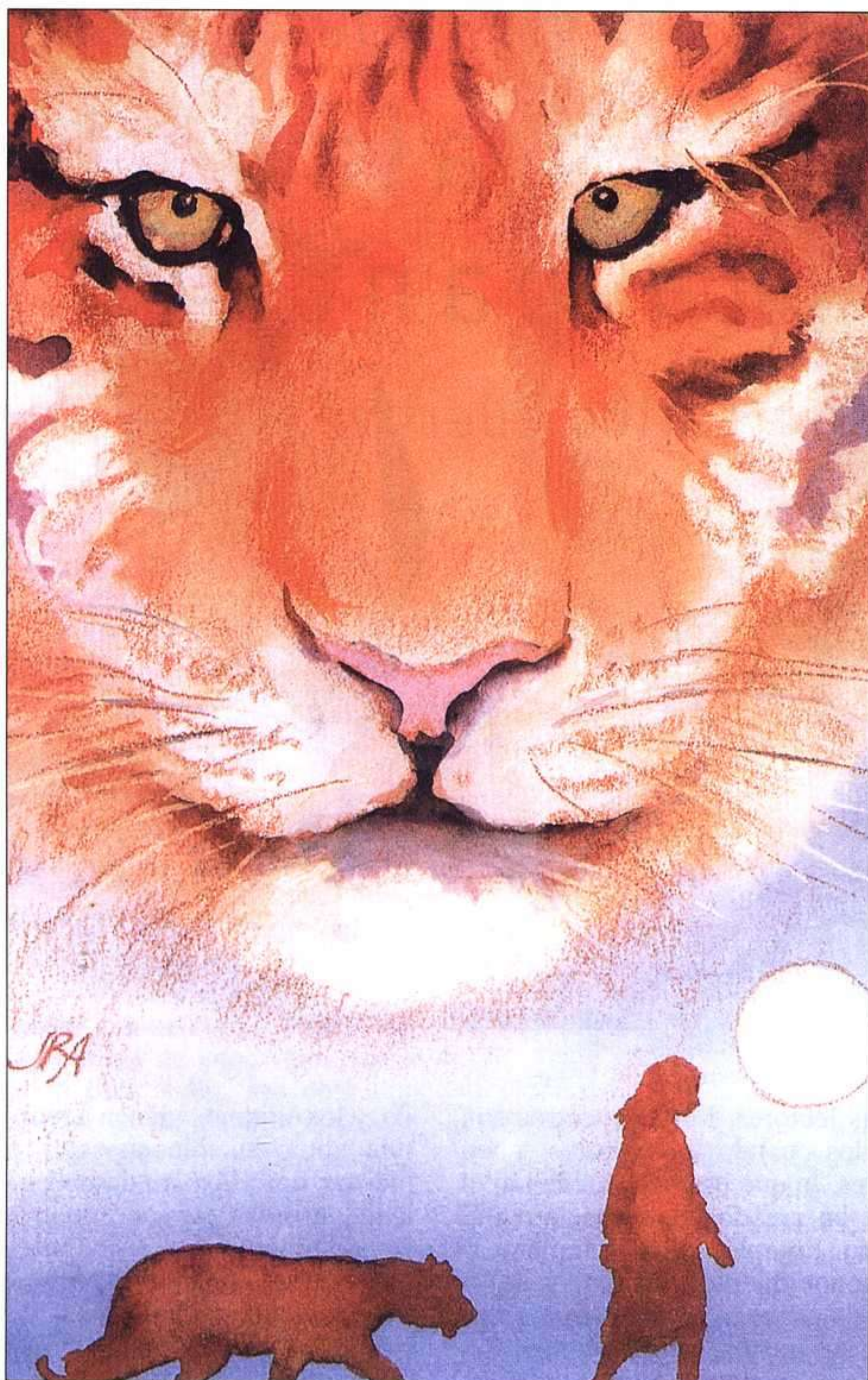
— La magia que surge al encontrarnos con otras culturas, con otros mundos: *La rosa del desierto*, *La osa del Kilimanjaro*, *Sombrero y Fosfatina*, *Los niños de cristal*, *Un pingüino en el desierto*, *El ombligo del mundo*, *Las alas de la pantera*, *El espíritu del Bolshoi*.

— Novelas de aventuras, protagonizadas por lo que podríamos llamar detectives como las de Ulises Cabal —seudónimo que utiliza el autor también cuando escribe en colaboración con Carmen Morales—, o por seres mágicos que deshacen entuertos como Casimir.

— Novela histórica que trata de recrear el pasado, otros momentos como puede ser *El ombligo del mundo* o *Yo fui Toro Sentado*.

Con los que sufren

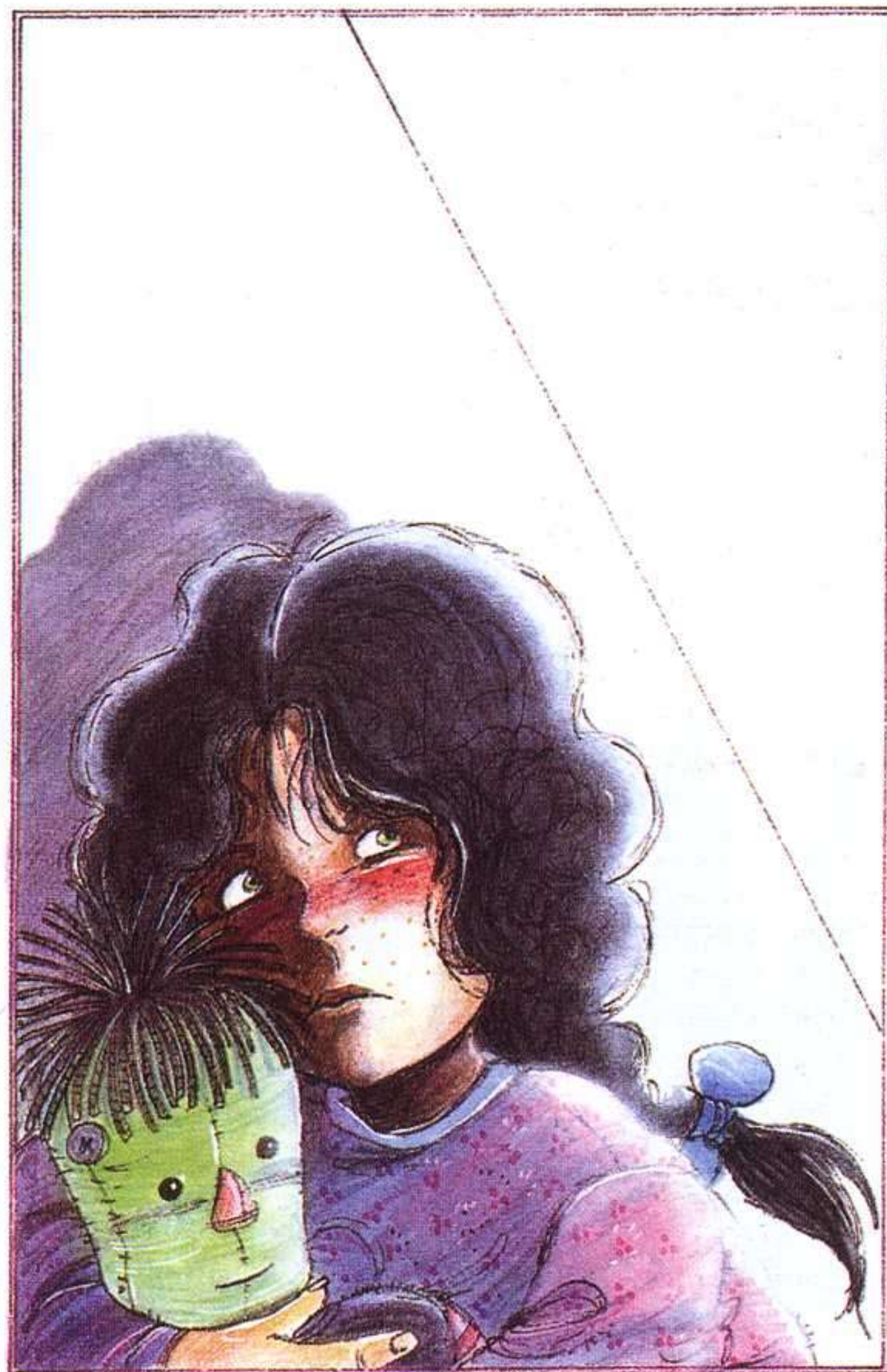
Pese a que afirma categóricamente que: «No creo que la literatura pueda cambiar la sociedad, ni creo que éste deba ser su fin. Pero al igual que cualquier arte, debe ayudar a que la gente lo intente, a través de la comprensión de los demás, de la aceptación de lo diferente, de la creación de una nueva sensibilidad, que cada día estamos perdiendo más y más»; pese a ello, o gracias a ello, no desdeña entrar en temas que son duros y



JUAN RAMÓN ALONSO, MI TIGRES ES LLUVIA, GAVIOTA, 1997.



LUIS FILELLA, LOS NIÑOS DE CRISTAL, EDEBÉ, 1993.



ANDRÉS GUERRERO, EL PLANETA DE MILA, ANAYA, 1993.

que tienen difícil tratamiento, aunque lo haga con una mirada compasiva y cierta que dota a cada una de esas historias de una poderosa fuerza y empuje. Aparte de plantear cuestiones como el sida, la anorexia o la violencia hacia los inmigrantes, Carlos Puerto nunca deja de lado el cuidado de la expresión, no abandona el tono poético, lírico y evocador con que eleva la mayoría de sus relatos.

En *Mi tigre es lluvia*, de manera exquisita, sensible, se acerca al problema de la anorexia y lo hace con respeto y amor. Para ello escoge a María, que es posible que exista, y la acompaña en sus pensamientos y en su diario durante los meses que van del invierno a la primavera, tiempo en que María está ingresada. Poco a poco, ella aprende a quererse más y ése es el primer paso para su recuperación. Con la ayuda de un cuadro de un tigre, firmado por H. Rousseau, entra en un espacio onírico, lleno de

imaginación. Ese tigre es lluvia, ese tigre es la propia María que pasa por momentos difíciles, conoce a otros internos que están aún peor que ella, encuentra ternura incluso en los médicos y, en fin, descubre que el mundo exterior es mucho mejor que una jaula: «Me siento nuevamente libre, capaz de volar de árbol en árbol. Ahora me está esperando de nuevo la vida, la familia, los compañeros de clase, los antiguos amigos... Y yo, ¿quién soy?» (p. 151).

Un frío viento del infierno es una cruda novela realista y urbana escrita como si fuese una sinfonía a tres bandas, protagonizada por Eva, Manu y Saïf. Manu es un cabeza rapada y hermano de Eva. Viven juntos y solos en un barrio marginal de Madrid. Eva tiene aspiraciones, quiere ser libre, mejor. Manu se ha enredado en un grupo de tiene la violencia como lema. Manu, bien orientado, quizá no sería malo por-

que con su hermana manifiesta algo de ternura. Sin embargo, deja que por sus venas fluya todo el odio aprendido o acumulado contra los que no son iguales, sean «moros», gitanos o negros.

El autor no escatima medios y crudeza al describirnos las andanzas de este grupo por el Madrid actual, como cuando asisten al encuentro futbolístico Madrid-Barcelona y la ostentación de violencia que hacen todos. Saïf, en cambio, es árabe, está estudiando en España y se ha enamorado de Eva. Así de sencillo. Eva ha descubierto en él la brisa, la arena, las dunas, la libertad... La tela de araña se teje a su alrededor; Manu no cesa hasta que carga contra Saïf y lo mata... o eso cree él. Ha saldado cuentas. Lo que no sabe aún es que a quien ha dejado muerta en un vivero es a su hermana Eva, al ave que, por fin, volará: «Sabe que ahora, va, ahora que te has convertido en ave, estarás volando en busca

del desierto, de los oasis, de las dunas rojas, de él» (p. 125).

La mirada es un libro que aborda de una manera sensible y especial el drama del sida. Ada es una joven violonchelista que se ha infectado a raíz de una transfusión de sangre y eso cambia toda su vida. Ada entiende, tras un largo camino, tras preguntas sin respuesta que acaso la única verdad se halle en el amor: «La fortaleza, el castillo que acababas de construir con ayuda de tu familia, de tus compañeros, de tus amigos» (p. 140).

Personajes

Distintos y dispares son los personajes que aparecen en sus novelas; pertenecen a todas las clases sociales, ejercen profesiones variadas, pero aquí nos interesa destacar un aspecto dominante y es que Carlos Puerto se adentra en el universo femenino con soltura y maestría, con respeto y con un estilo impecable. Es curioso ver como muchos de los personajes que escoge son, precisamente, niñas, casi adolescentes la mayoría. Seguramente

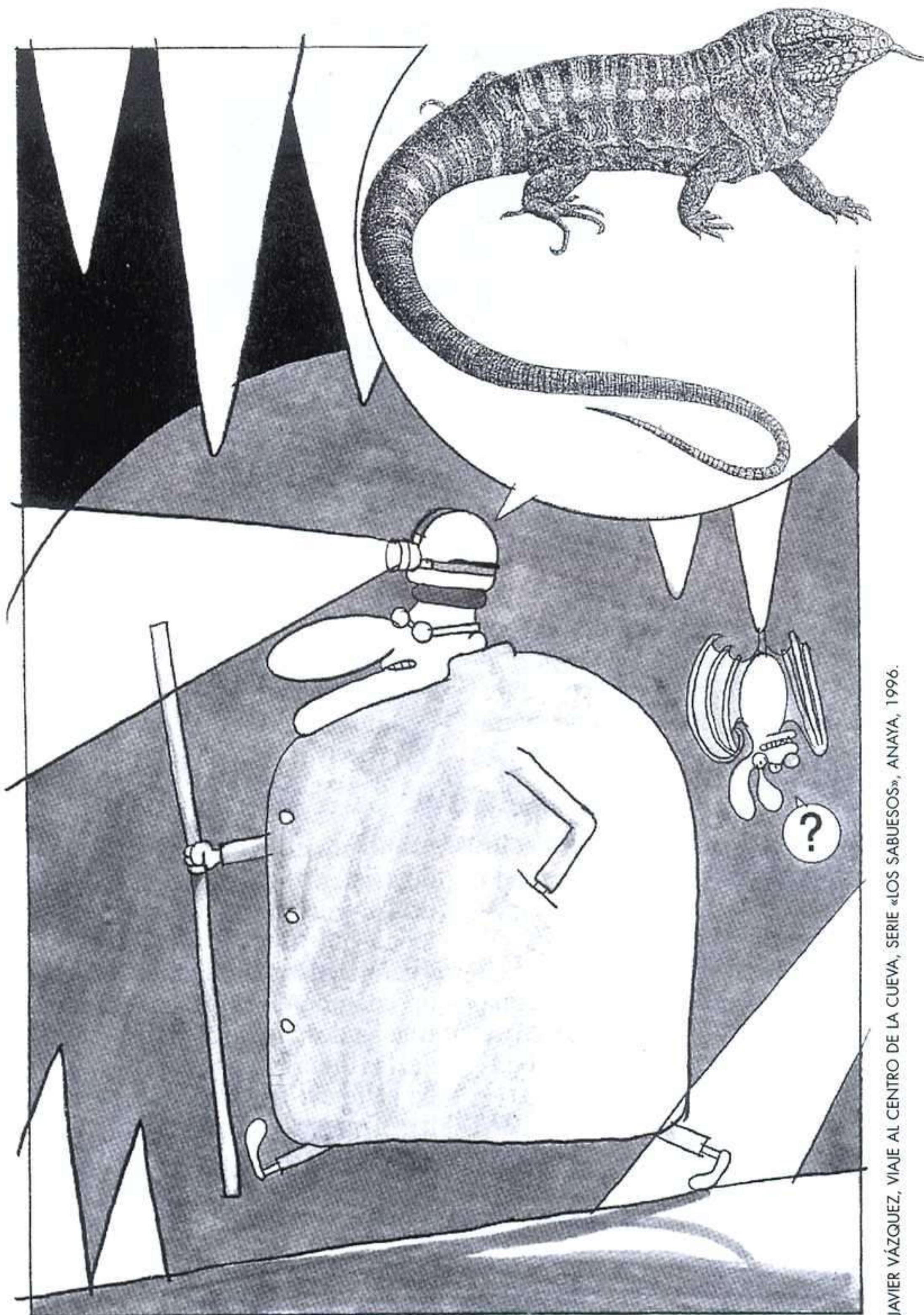
eso le permite distanciarse más de lo que va a explicar y adoptar una perspectiva que enriquece la historia. Lo hace con María, con Ada, con Rosa, con Cova, con Masha, con Norma, con Eva... «Los temas en que me siento más a gusto —manifiesta el autor— son aquellos que tienen que ver con viajes exteriores, por la geografía del mundo, o interiores, dentro de los personajes, sobre todo, si los personajes no tienen nada que ver conmigo por sexo, edad, educación, idioma..., aunque luego, a veces, ellos y yo nos fundimos e incluso nos confundimos».

Masha, en *La orquesta subterránea*, reivindica continuamente su condición de niña, cuando la llaman, genéricamente «niño»; lo mismo hace Cova en *El rugido de la leona* cuando llega a Kenia y la confunden, por su aspecto, con un muchacho. Se saben niñas, se saben mujeres y no renuncian a ello.

Estas muchachas no son débiles, sino que tienen iniciativa, saben utilizar los recursos a su alcance. Así lo vemos en la serie protagonizada por Rosa (*La Rosa del Kilimanjaro*, *La Rosa del desierto*, *La Rosa de los hielos*) quien viaja por distintos países y aprende a integrarse y a ayudar a las otras personas, ganándose el afecto de todos.

Paula, en *Un corte de pelo y una sonrisa*, también decide tomar las riendas de su vida y las de la vida de su padre, tanto que consigue cambiarlo para bien. Graciela, en *No leas este libro*, ayuda con eficacia a su tío Patricio; lo mismo hace Lara con su tío Gustavo en la serie *Los Sabuesos*.

Las relaciones familiares que plantea Carlos Puerto son variadas, aunque muchas de ellas responden a un esquema similar: una niña que vive con su padre o con su tío porque la madre ha fallecido, la pareja se ha separado, los padres están de viaje o la madre los ha abandonado, como en *Los niños de cristal*. Entre los padres de Rosa, Cova o Paula hay alguna similitud porque los tres quieren mucho a sus hijas, los tres andan algo desorientados y necesitan del afecto de sus hijas. Por ejemplo, Cova (*El rugido de la leona*) hace varios años que no ve a su padre, desde que se separó de su madre y se fue a Kenia a trabajar como veterinario. Ahora, Cova trata de reencontrar a su padre y éste se



JAVIER VÁZQUEZ. VIAJE AL CENTRO DE LA CUEVA, SERIE «LOS SABUESOS», ANAYA, 1996.

da cuenta de que necesita su afecto y su presencia.

Azul y Seiji Khan, el dueño del circo, en *Las alas de la pantera*, tienen una relación angustiada puesto que la madre murió en condiciones dramáticas y el padre no acaba de aceptarlo y vive de manera oscura y peligrosa, con el alcohol, la afición al fuego, hasta que la magia y, sobre todo, la comprensión y el amor vienen a solucionarlo todo y a poner las cosas en su sitio.

Otras relaciones familiares frecuentes en las obras de Puerto son entre tíos y sobrinas, y suelen ser mucho más divertidas. Así ocurre con Graciela y Patricia, con Norma y su tío —el que la impulsa a escribir, a imaginar y a crear el personaje de Rosa—, entre Gustavo y Lara. Los tíos son solteros, se dedican a profesiones relacionadas con aspectos artísticos o con la naturaleza, y cuidan de sus sobrinas, adolescentes de 12 ó 13 años, que pasan con ellos largas temporadas mientras sus padres están de viaje. Y entre ellos se establece una complicidad difícil de encontrar con los propios padres.

Evidentemente, también aparecen familias en las novelas de Puerto, aunque con toques mágicos como en la serie *Los Niños del Unicornio*, o la relación con el abuelo en *Un pingüino en el desierto*. Encontramos también la amistad entre niños de la misma o de distintas culturas.

Otra parcela interesante serían las novelas protagonizadas por seres adultos como puede ser la serie de Ulises Cabal, el librero-investigador que resuelve distintos casos con sus dotes de observación, o la serie de El Vampiro Kasimir que es un vampiro que resuelve casos, podríamos decir, policíacos, pero de manera atípica.

El lenguaje universal de la música

La música es una de las pasiones que el autor no oculta, al contrario, potencia con energía y pasión. Sobre todo alude a la música clásica como veremos en algunos ejemplos, pero no se trata de un telón de fondo —en algunos casos, sí—, sino de una protagonista más que confiere al relato entidad, fuerza.



TERESA NOVOA, LA ORQUESTA SUBTERRÁNEA, SM, 1995.

En *Criaturas de la oscuridad*, el marqués de Brasov, que tiene unas ideas siniestras, se presenta ante sus invitados al son de la *Danza macabra*, de Saint-Saëns. Pero no sólo eso, sino que a este marqués le emocionan los fados y se los hace cantar cada noche. Y la letra de un fado es crucial para que todo se resuelva favorablemente.

En *La orquesta subterránea*, Masha se ve involucrada en una emocionante aventura que transcurre en la casa vecina y que tiene mucho que ver con la música:

una orquesta subterránea ensaya *El carnaval de los animales*, de Saint-Saëns y esa pieza cobra vida y los animales a los que se alude participan en ella, mientras Masha, finalmente, va a cumplir su sueño de tocar el piano.

En *El espíritu del Bolshoi*, la música es el detonante de la historia. Los miembros de la POFE (Pequeña Orquesta Filarmonica Europea), dirigidos por Amadeus Rondó van a tocar en el Bolshoi el *Cascanueces*, de Chaikovski, para recibir el año 2000. Pues bien, ese acto se

convierte en la causa de los incendios que se producen en Moscú. Carlos Puerto entretiene perfectamente un relato de misterio con la sensibilidad de la música clásica: «Ante sus ojos apareció el Gran Teatro Bolshoi, sus cinco pisos llenos de palcos con capacidad para más de dos mil espectadores. El escenario por el que habían pasado artistas como Davidva, Chaliapin, Ivanov, Arjipova, Petrov y Kibkalo. Y el foso, esta vez con las lucecitas de sus atriles encendidas, en el que habían tocado las orquestas más famosas de la antigua Unión So-

viética, así como otras muchas invitadas» (p. 45).

En *La mirada*, arropa a Ada con la segunda sinfonía de Gustav Mahler, *Resurrección*, y así estructura la novela en los cinco movimientos de la misma. Y es que Ada va a tocar en un auditorio, bajo la dirección de uno de los directores de orquesta más prestigiosos del mundo. Cuando va a empezar la sinfonía, Ada echa la mirada atrás y recuerda lo que pasó dos años atrás, en París, y revive todos esos momentos, mientras va tocando y se deja llevar por la música. Al

acabar, volvemos al principio, pero Ada ya no es igual porque ha descubierto un punto de apoyo para continuar. La pieza que ha escogido Carlos Puerto no es casual, sino simbólica.

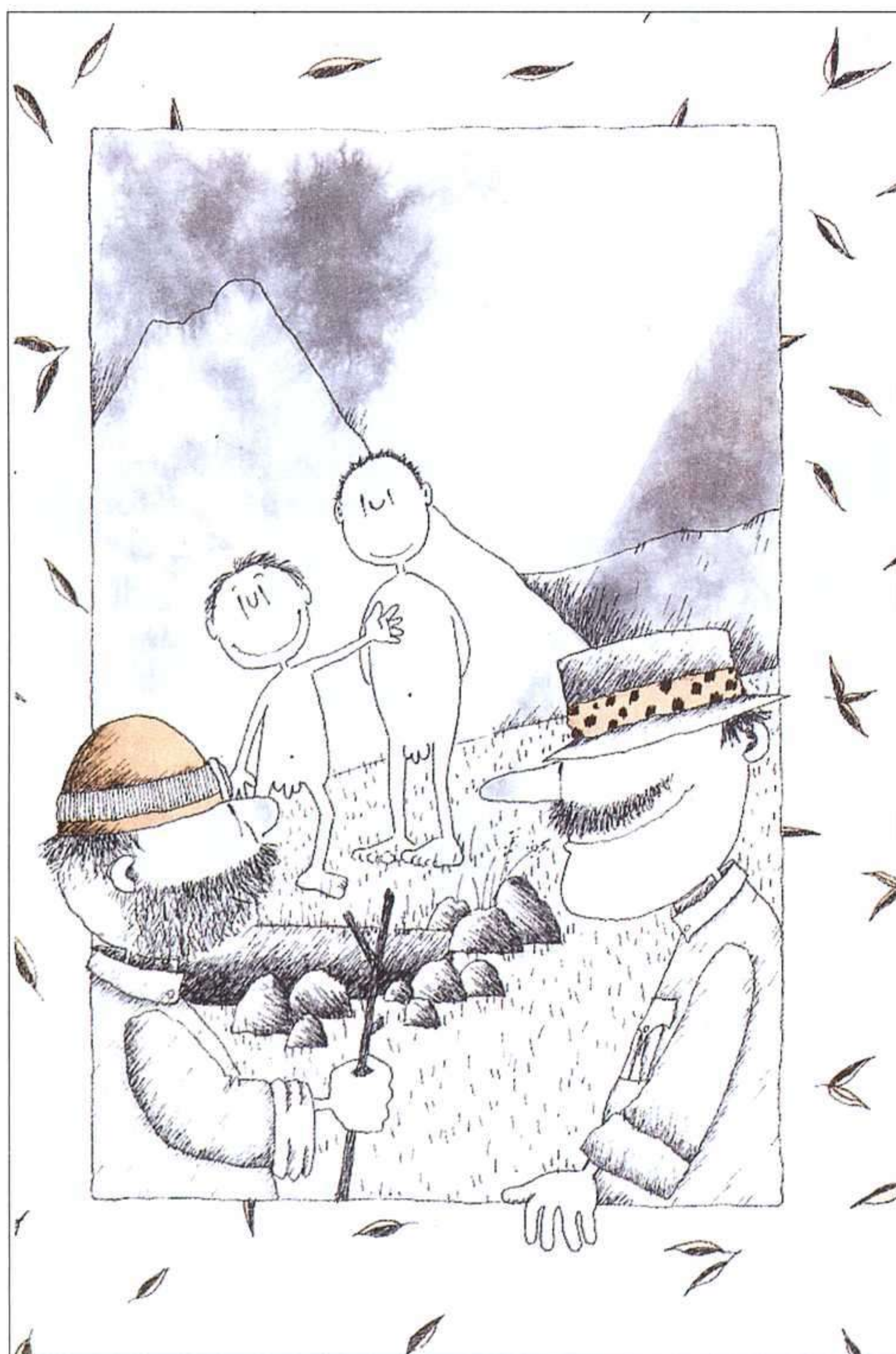
La música tampoco es casual en *No leas este libro*, sino que sirve para poner sobre aviso a Patricio y a su sobrina Graciela, porque el último mensaje que deja Leopoldo Tupahue en el contestador, antes de morir, contiene una clave musical: «Y en aquel momento de despedida, la grabadora que había guardado aquel texto recitado reprodujo una versión a cuerda del *Vals triste*, de Sibelius. Curiosamente esta música melancólica se veía interrumpida de repente por una fanfarria colosal perteneciente a la Marcha triunfal de la ópera *Aida*, de Verdi» (p. 13).

La música también aparece, aunque no con tanto protagonismo, en otras novelas, pero siempre como presencia fundamental. Así, por ejemplo en *Sombbrero y Fosfatina*, Sombbrero se gana la vida tocando canciones —mazurcas, pasodobles...—; en *Las alas de la pantera*, el sonido de la armónica de Igor, que toca el *Danubio Azul* —vals que parece gustarle mucho al autor puesto que aparece en otros libros— y la voz de una sirena que no puede hablar, sólo cantar, añaden el toque mágico a la obra.

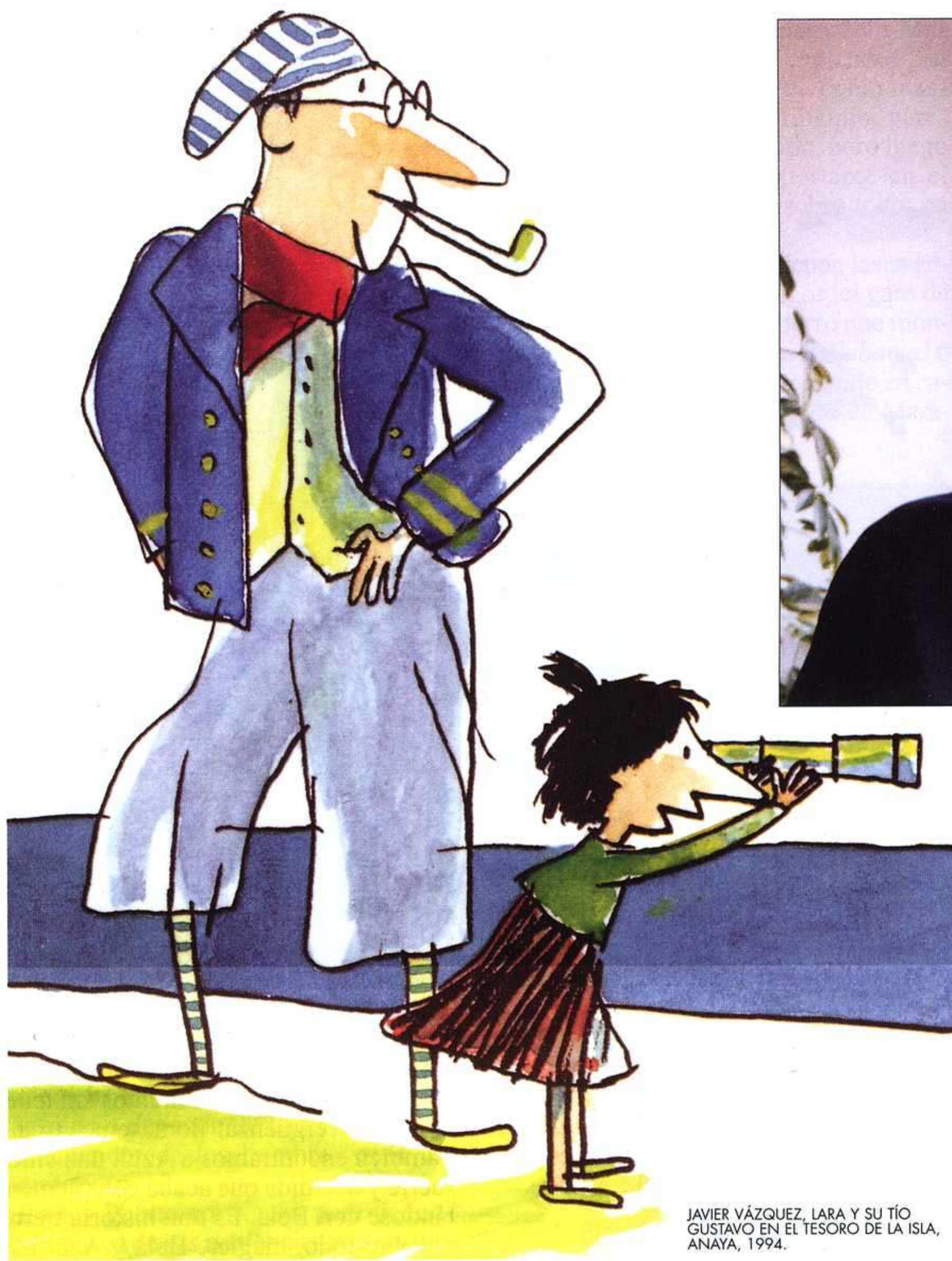
En definitiva, la música puede estar en todas partes si sabemos escuchar. Cova, en el avión que la lleva a casa, recuerda con nostalgia el paisaje keniano y piensa: «La música que suena por los auriculares es una cosa muy bonita de violín y orquesta, de Sibelius. Pero prefiero el sonido de allá abajo, el silencio que no es silencio de la noche. ¡Dios mío, qué hago yo aquí arriba! Me llamo Tomal» (*El rugido de la leona*, p. 138).

Otras culturas

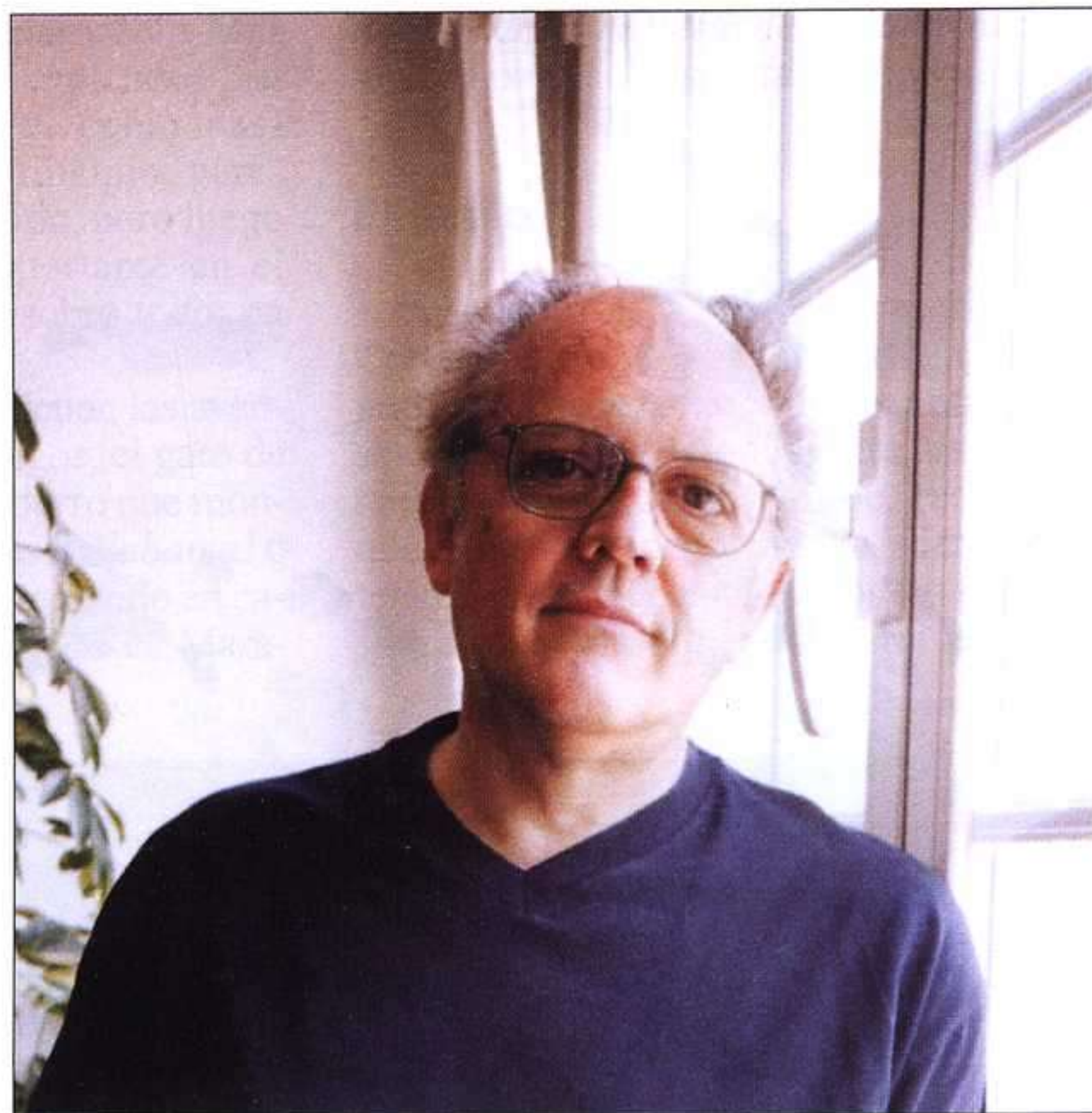
Que a Carlos Puerto le entusiasma viajar, no es ningún secreto. Esta afición también se observa en sus novelas, pero de manera muy peculiar porque cuando el autor habla, por ejemplo, de lugares lejanos, lo hace sin estridencias, de manera clara y precisa, como si todo se redujese a una sola cosa: comprensión hacia los demás. No resulta tan difícil entendernos, parece decirnos, si trata-



LUIS FILELLA, LOS NIÑOS DE CRISTAL, EDEBÉ, 1993.



JAVIER VÁZQUEZ, LARA Y SU TÍO GUSTAVO EN EL TESORO DE LA ISLA, ANAYA, 1994.



mos de comprender a los otros, de sentir con ellos, de vivir sus mismas experiencias, de no rechazarlos. Por eso sus novelas son tan vivas. Con Rosa aprendemos a conocer el continente africano y viajamos a los pies del Kilimanjaro, estamos en Kenia y aprendemos a respetar sus distintas etnias y conocemos también a los tuaregs. Con Cova llegamos también a Kenia y nos acercamos a los masais y a su territorio: «La noche estaba cayendo sobre el paisaje de aquel rincón keniano. Las nubes escarlatas se

mezclaban impudicamente con las estrellas que brillaban con intensidad. Los perfiles del horizonte eran densos y parecían trazados por la paleta de un pintor enamorado. En realidad, desparramados, estaban los colores del arco iris, unidos al negro intenso y a unos destellos blanquecinos que convertían aquellas imágenes en toda una sinfonía, momentáneamente silenciosa» (*El rugido de la leona*, p. 26-27).

Jaima, en *Un pingüino en el desierto*, nos acerca a Túnez con toda su magia.

Con Sombrerete viajamos por Turquía. En *Las alas de la pantera* nos acercamos a los Cárpatos. Viajamos a Moscú con *El espíritu del Bolshoi*. Llegamos a Chile en *No leas este libro*.

Y quizá uno de sus libros más hermosos sea *El ombligo del mundo*, en el que nos ofrece respuestas a los enigmas de los *moais* erigidos en la isla de Pascua. Es una novela histórica bellísima que no tiene edad. La trama es muy ágil y no permite en ningún momento el aburrimiento, ya que combina la aventura y la intriga con la poesía y la sensibilidad. Especialmente interesante es la manera como se describe el origen del primer *moai*, cómo van surgiendo los demás y cómo, por último, llegan a su enclave actual, en Rapa Nui, la isla de Pascua, el Ombligo del Mundo.

También, es evidente, los relatos se sitúan en zonas más cercanas, en Lisboa (*Criaturas de la oscuridad*), en París (*La mirada*), en Venecia o Praga (*La orquesta subterránea*), en Madrid (*Un frío viento del infierno*), en Laguardia (*El misterio de la ratonera asesina*), o Tenerife (*La Rosa del Kilimanjaro*)...

Es evidente que el escritor aprovecha su bagaje cultural para tramar las peri-



DETRÁS, EL SECRETO DE LOS GEMELOS, SERIE «LOS NIÑOS DEL UNICORNIO», GAVIOTA, 1994.



GUSTI, RETORNO A TRANSILVANIA, SERIE «EL VAMPIRO KASIMIRO», TIMUN MAS, 1998.

pecias de sus libros pero lo hace, insistentemente, con normalidad, con afecto y con pasión porque nos parece ver que él se considera un ciudadano del mundo, sin más.

El cine

El cine es otra de las pasiones a las que Carlos Puerto da rienda suelta, sobre todo en su serie Los Sabuesos, en donde combina intriga y misterio con el homenaje al séptimo arte. Esta serie está protagonizada por un guionista —oficio que conoce bien el autor—, Gustavo, y su sobrina Lara. En pleno rodaje de las películas surgen problemas, inconvenientes que ellos resuelven, a veces de manera casual, pero siempre de forma jugosa y festiva.

Puerto, no obstante, no desaprovecha

la ocasión para hacer un guiño al lector e introducir referencias cinematográficas en sus textos, como ocurre, por ejemplo en *Un corte de pelo y una sonrisa* en la que se alude a Fred Astaire.

El circo

El circo es el mayor espectáculo del mundo, condenado acaso a desaparecer porque las condiciones de nuestra vida, de la modernidad, no le ayudan demasiado; pero el escritor, entre nostálgico y realista, apoya esta institución y le da protagonismo en distintas historias. En *Las alas de la pantera*, en el Gran Circo de Manchuria ha desaparecido una pantera y un periodista va para allá para investigarlo y lo que descubre es un mundo mágico, casi irreal, lleno de ternura, de seres que parecen surgidos de la nada.

En la obra un muchacho, Bela, es capaz de manifestar sus sentimientos sin tener la menor vergüenza: llora, teme, ama... También encontramos a Azul, una chica fuerte y decidida que acaba complementándose con Bela. Es una historia tierna y, sobre todo, mágica. Bela y Azul han nacido para ser trapecistas y el número final así lo atestigua, una actuación que conmociona al narrador y a todos los presentes: «Azul y Bela habían nacido para volar. De eso no cabía duda. Para volar. Sus manos eran alas, alas sus piernas. Todo su cuerpo parecía agarrarse al aire como si fuera algo sólido, y también parecían manipularlo como si fuera plastilina. Sus ojos, sus ojos rasgados y azules, redondos y negros, brillantes, sus ojos también parecían disponer de dedos con los que asir, con los que asirse a lo que no existía» (pp. 116-117).

En *El extraño caso del circo chino*,

Chu-Chi-Chon dirige un circo bien curioso con un contorsionista de dos cabezas, un domador de pulgas, un malabarista que hace sus ejercicios con huesos de esqueletos, un gigante que se parte por la mitad y con Madame Fifí, la pitonisa y echadora de cartas, que tiene muchos enemigos.

Los animales

En distintas historias aparecen animales que actúan y que tienen criterio y que saben comunicarse con los humanos, no con todos, claro, porque hace falta cierta sensibilidad para entender qué quiere decirte un animal. Por ejemplo, Rosa no tiene la menor dificultad y se comunica con ellos; es más, le ayudan, ya sea el pelícano, el flamenco, las termitas, el dromedario... Rosa respeta a los animales, y no sólo eso, sino que mira el mundo con una mirada clara y transparente, tanto que las cosas la premian y la ayudan (los dátiles por ejemplo que le advierten de peligros...).

Cova manifiesta un amor sin límites por una leona a la que llama Simba, un animal libre e independiente que la ayuda con su rugido y que, de alguna manera, está unida a ella y la defiende. Cova se siente reflejada en esa leona: «Quiero aprender a rugir. Quiero caminar sigilosamente como lo hace Simba. Quiero aprender a mirar a los ojos a la gente como ella ha hecho con el macho; demostrar que no dependo de nadie. Es un rollo depender de los hombres o de las mujeres» (p. 52).

Carlos Puerto aprovecha para denunciar a través de sus personajes la caza furtiva del elefante o del rinoceronte, porque el amor nada tiene que ver con un cuerno: «¿Cómo puede el pelo endurecido de un animalote ayudar al amor? El amor es algo que sale de corazón de la cabeza. El amor es algo que no se puede comer o beber, se dijo Rosa. El amor...» (*La Rosa del Kilimanjaro*, p. 107).

Fosfatina es un mono tití que acompaña a Sombrerete, en *Sombrerete y Fosfatina*, con el que le une algo más que una amistad. Fosfatina es un animal travieso, que mete en líos a su amigo, pero al que éste quiere mucho.

En *La orquesta subterránea* los ani-

males cobran vida y se aparecen a Masha con toda su magia y esplendor. En cambio, Masha tiene un pez como mascota, Amadeus, que en principio, parecería un compañero aburrido, pero luego resulta ser una pieza importante en el desarrollo de la historia, sobre todo, en el desenlace.

Otros animales desencadenan las aventuras, ya sean los murciélagos, el gato de Madame Fifí, Lady Di, el burro que monta Gustavo en *¡Hala, vamos a Alabama!* o el gato que, al final, acaba teniendo en casa casi sin quererlo. Otro gato es Mara-

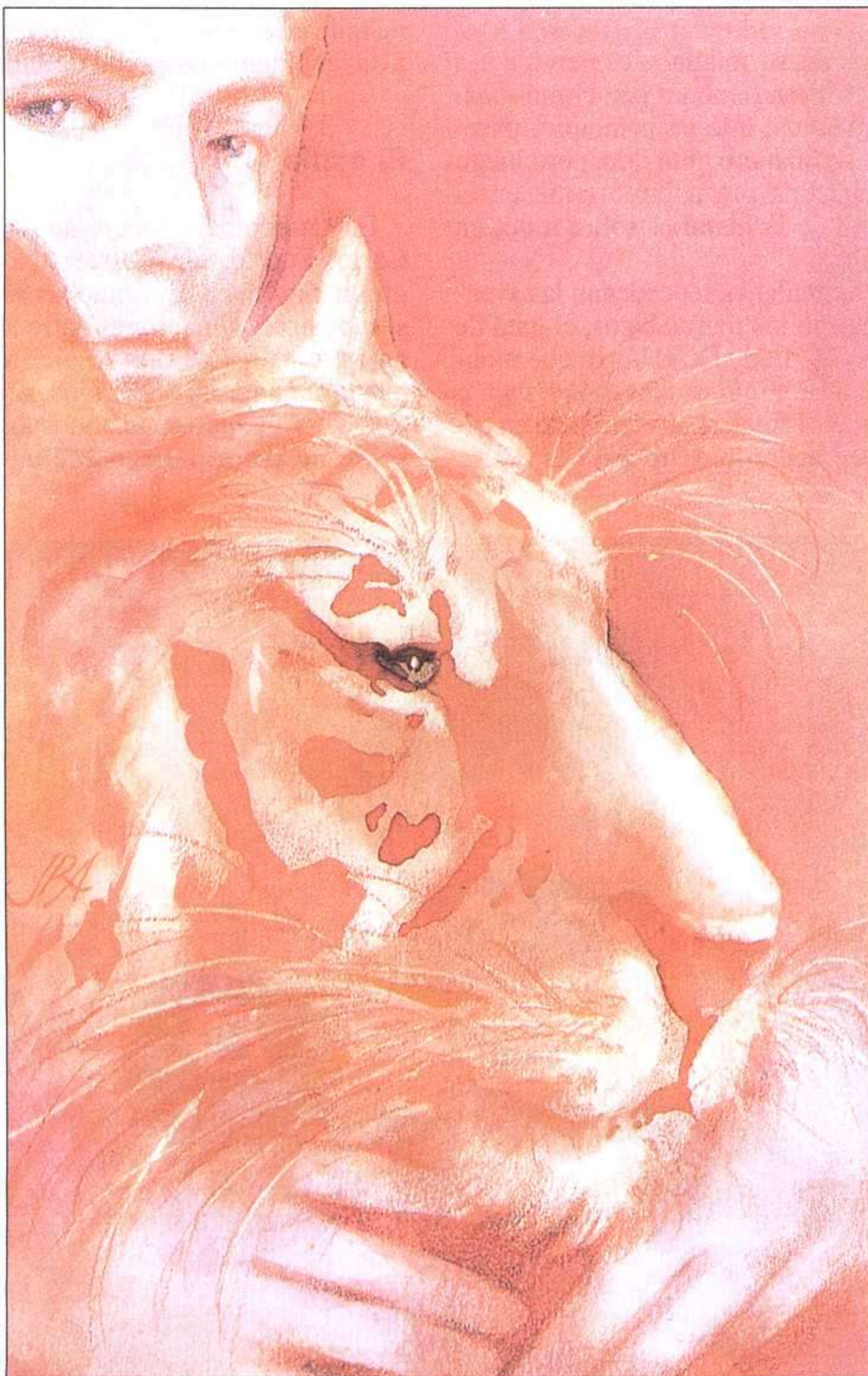
maquiz de *El misterio de la ratonera asesina*, el pingüino especial de Jaima...

El estilo

En cuanto a la forma de escribir de Carlos Puerto, él nos dice: «No elaboro guión sino que tomo muchas notas, frases, posibles situaciones entre los personajes, detalles de un paisaje, recuerdos que quiero ver incorporados, sueños que tengo... Y cuando están todos los papeles sobre mi mesa pidiéndome un poco de



ANDRÉS GUERRERO, EL PLANETA DE MILA, ANAYA, 1993.



JUAN RAMÓN ALONSO, MI TIGRES ES LLUVIA, GAVIOTA, 1997.

orden, escribo el libro en el ordenador. Primera versión de un tirón, y luego voy corrigiendo, puliendo, quitando, añadiendo, a veces empezando de nuevo. Y casi siempre dejando el final en suspenso para que pueda descubrirlo al mismo tiempo que el lector».

En todo caso, se trata de un autor cambiante que emplea distintos registros a la hora de escribir, que no siempre es igual, sino que va variando. Podemos decir, tratando de simplificar, que hay dos registros básicos en Carlos Puerto. Uno

es el lírico, el poético que alcanza mediante el manejo de una prosa de gran belleza y de gran calidad artística, como podemos comprobar en los libros protagonizados por Rosa: *Un pingüino en el desierto*, *El rugido de la leona*, *Las alas de la pantera*. En *Los niños de cristal* nos ofrece una descripción preciosa de estas criaturas especiales: «El profesor comprendió por qué hasta entonces no los había visto nadie. Emitían un sonido parecido al de dos copas cuando chocan. Pero es que, además, al igual

que el cristal, eran transparentes. Nadie los había visto hasta entonces, ciertamente, pero tal vez ellos consiguieran el prodigio. Tamburini lanzó un beso al aire y seguidamente extendió una de sus manos, como si el sol incitase al cariño. Pocos instantes después notó una mano invisible que se la estrechaba con ternura. Luego fue otra mano más, que se cogió de su vestido, otra que comenzó a acariciar sus cabellos, y otra más que se posó en sus labios» (pp. 100-101).

En *Sombrerete y Fosfatina* se describe la mirada de una zíngara de esta manera tan especial: «Le pareció sentir el rumor de las olas del mar... El soplo del viento de la montaña... El frescor del rocío con los primeros rayos del sol de la mañana... El silencio que precede a la tormenta...» (pp. 48-49).

Mi tigre es lluvia, por ejemplo, está cargado de simbolismo y tiene una base metafórica que apela directamente a la sensibilidad del lector. Otro símbolo que encontramos es la rosa blanca de Rosa, la rosa que acaba enterrando en África: «En medio de las rosas rojas había una rosa blanca. La mariposa me la señaló antes de macharse. O no sabía qué hacer ni qué quería decir aquello. Pensé, como tú ahora, que no era verdad, que a lo mejor la veía blanca por culpa de la luz» (*La Rosa del Kilimanjaro*, p. 20).

O la rosa del desierto que se parte en dos y se convierte en un espejo: «Porque no sólo soy capaz de mostrar en una de mis mitades la parte delantera y en otra la trasera, sino que, además, cuando estoy con un amigo (o una amiga), puedo hacer que en una parte se vea lo de fuera de uno...» (*La Rosa del desierto*, p. 20).

Otro registro es el que podríamos calificar de coloquial, el que aparece en aquellas situaciones cotidianas, en los momentos de distensión. Un estilo que apela a la carcajada y a la sonrisa con encuentros y desencuentros, juegos de palabras, intervenciones recurrentes de los personajes... Porque Carlos Puerto emplea también la ironía como medida distanciadora, aparte de que sabe manejar los registros más recurrentes y chispeantes para arrancar una sonrisa al lector. Por ejemplo, en cuanto al misterio que esconden los niños del Unicornio, Puerto le saca partido y hace que protagonicen situaciones realmente diverti-

das. Lo mismo le ocurre a Kasimir que, pese a ser un vampiro, toma sangre y está un poco harto de las costumbres de los suyos. O Gustavo y Lara que descubren los misterios, como sabuesos, pero de una manera festiva e hilarante.

De todas maneras, una característica particular de Carlos Puerto que estamos observando es que en un mismo libro es capaz de incluir elementos realmente divertidos, junto a otros nostálgicos, poéticos e, incluso dramáticos. Esa mezcla da a la historia veracidad y emoción. Así, Paula en *Un corte de pelo y una sonrisa* intenta ayudar a su padre, Augusto, porque le hizo una promesa a su madre cuando murió, y lo embarca en un crucero estrafalario; así se ve envuelta en una serie de aventuras chocantes, aunque ni por un momento deja de sentir el aguijón de pena por la muerte de su madre. Norma y Marco, los niños del Unicornio, llevan, aparentemente una vida normal y feliz con sus padres quienes, cuando cumplen ocho años, sienten el temor de tener que decirles la verdad y es que los gemelos son adoptados y en su adopción se esconde un misterio lleno de intriga. En *Criaturas de la oscuridad* el relato se inicia con una serie de descripciones realmente escalofriantes que no predicen en absoluto lo que vendrá luego, ya que la historia se distiende. Es más, mantiene un ritmo frenético, ya que empieza en Lisboa a las 12 de la noche y acaba en Sintra a la 1.57 de la madrugada, todo para ponernos en antecedentes de las acciones del marqués del Colmillo Retorcido.

Las novelas de Carlos Puerto son de aventuras, de viajes, de amistad, de intriga, de misterio, policíacas, pero también de terror —en la serie de Kasimir o en *La pesadilla de los monstruos*— y también novelas históricas, como ya dijimos, en el caso de *El ombligo del mundo*.

Muchas de sus novelas quedan abiertas, como *Un frío viento del infierno*, cuyo final es desconcertante y muy dramático. El autor maneja las riendas en todo momento, él ya sabe el final, porque lo cuenta todo desde la perspectiva, conoce la historia entera, pero la cuenta con sobriedad, de manera objetiva, con resignación, incluso, porque sabe que hay muchas cosas que no tienen solución... ¿o sí?

Las aventuras protagonizadas por per-



ALFONSO SÁNCHEZ PARDO, EL MISTERIO DE LA RATONERA ASESINA, EDELVIVES, 1990.

sonajes de una serie, a los que es muy aficionado Carlos Puerto (Kasimir, los Sabuesos, Rosa, los Niños del Unicornio) suelen dejar enlazada la aventura siguiente en la página final, para crear emoción e intriga; pero no sólo en éstas, que parece un recurso de estilo lógico para crear expectación en los lectores, sino en muchos más. En *La orquesta subterránea* no sabemos qué va a pasar con los padres de Masha, ni con Masha ni con Amadeus, ni cómo volverán a su vida normal, si es que lo hacen. En *El*

rugido de la leona, Cova regresa a casa con una brújula en la mano que acaso sea síntoma de que ha de retornar a Kenia. En *Las alas de la pantera* no acabamos de saber —y eso es lo que aporta magia— qué pasó con esa pantera o si de verdad existió. En *No leas este libro*, la historia no concluye, es más, esta vez Puerto da razón del porqué: «La aventura, como la vida, mientras existe, aún no había terminado» (p. 149).

El autor suele utilizar la tercera persona narrativa que es la propia de los rela-

tos, aunque no siempre es así y vale la pena que nos detengamos en algún ejemplo. En *Las alas de la pantera*, sin ir más lejos, emplea la primera persona y cuenta la historia en pasado, con un narrador-protagonista-testigo que aún sigue conmocionado por lo que sintió en el Circo de Manchuria. En *La mirada*, por ejemplo, hace un ejercicio de estilo admirable al utilizar la segunda persona. Es una especie de narrador que bucea en los pensamientos más íntimos de Ada. Ese «tú» da más fuerza al relato, lo carga de determinación, de brío. Lo mismo ocurre en *Un frío viento del infierno*, aunque aquí el ejercicio técnico es distinto: para Manu utiliza la tercera persona —en un intento de desapasionarse, de ser objetivo—, para Eva emplea la segunda persona —como el homenaje a la vida que se truncó—, y para Saif emplea la primera persona, como el presente, como el futuro que sí será.

Además, acude a los diarios para completar sus historias, como en el de María en *Mi tigre es lluvia* o el de Cova en *El rugido de la leona*. Precisamente en este último libro hay un empleo decisivo del *flash-back* puesto que la historia comienza cuando Cova está en una situación difícil, a punto, parece, de ser atacada por una leona y «Cova había leído en algún sitio que los que están a punto de morir son capaces de revisar en un instante su vida con todo lujo de detalles. Y Cova lo recordó todo, desde el mismo momento en que el avión aterrizó en el aeropuerto de Nairobi» (p. 10).

El uso del diario o de las cartas o de los pensamientos íntimos no deja de ser efectivo en estos casos porque consiguen enhebrar la voz del narrador con la de los personajes. Paula en *Un corte de pelo y una sonrisa* habla con su madre fallecida, quien, precisamente le dio la fórmula que da el título a la obra para solucionar todos los problemas: «Querida mamá, últimamente están pasando cosas un poco especiales. Lo de papá no va mal, aunque debería ir mejor. Espero que antes de que acabe el crucero pueda contarte que he cumplido mi promesa. Pero... me cuesta mucho. ¿Sabes lo que me gustaría? Que todo eso fuera de verdad una película. Una película de pena, de esas en que se llora mucho, pero que al final todo se acaba cuando se enciende la luz. Mamá,

¡quiero que se encienda de una vez la luz, y que tú estés aquí a mi lado! Quiero que... Te quiero». (p. 90).

Emplea también referencias literarias para centrar sus obras, por ejemplo distintos textos del libro del Apocalipsis

son el epígrafe que presiden de los capítulos de *Criaturas de la oscuridad*. Aquí cabe añadir que emplea el perspectivismo al menos en los primeros capítulos puesto que en Lisboa y sus alrededores están ocurriendo hechos monstruosos



ALICIA CAÑAS, NO LEAS ESTE LIBRO, ESPASA CALPE, 2000.

que afectan a hombres y Carlos Puerto nos sitúa en distintos personajes para que entremos en situación, una situación espeluznante que luego se atenúa con la presencia de Kasimir. Un poema de Samaniego es el que a Ulises Cabal le permite desembrollar el asesinato de *El misterio de la ratonera asesina*; es más hay un claro homenaje a Agatha Christie puesto que se alude a *La ratonera*, su célebre obra de teatro que se sigue representando en Londres de forma ininterumpida desde hace más de 40 años y que no hace mucho pudimos ver en Madrid, y también alude a su novela *Diez negritos* porque parece que la trama va a acabar pareciéndose, aunque da un giro inesperado, eso sí. También emplea poemas o fragmentos de canciones como desencadenantes de sus relatos.

En cuanto al léxico, Carlos Puerto, lo estamos viendo, puede pasar del registro coloquial al más exquisito, con notas tiernas cargadas de poesía. Pero no sólo eso, sino que se documenta a fondo a la hora de escribir sus historias y maneja con propiedad los términos de las culturas que está describiendo, como pueden ser los masais o los habitantes de la isla de Pascua, sin ir más lejos; de manera más cercana, recoge la especial cadencia tinerfeña en labios de Melinda, la madrina de Rosa, quien continuamente repite el «mi niña» de las islas Canarias. Es más, en las historias protagonizadas por Rosa también incluye adivinanzas y pequeños juegos para que el libro sea más interactivo y la relación con el lector supere la mera historia escrita.

Mensajes

«¿Mensaje? No lo creo, aunque tal vez alguien pretenda encontrarlo. Porque todo lo que se hace con convicción, intensidad, pasión, sin duda desprende una postura ante la vida que no es de conformismo. Si algo hace reír, llorar, provocar preguntas, produce rabia, ya está diciendo muchas cosas. Luego que los críticos hagan su labor, si saben.»

Carlos Puerto es así de contundente porque cree que la escritura surge sin premeditación, él escribe sobre lo que le interesa, nos da su fuerza, su magia, nos da lo mejor de él mismo y, por lo tanto, ahí

ya no caben mensajes. Sin embargo, una nota que se nos queda prendida tras leer una amplia parte de la obra del autor es el increíble respeto y amor con que trata a sus personajes, la ternura que nutre sus páginas, la visión que tiene de las cosas y de las personas, sin prejuzgar, sin moralinas gratuitas, sin didactismo falso. En todo caso es el lector el que se deja conducir por los mundos de fantasía, de realidad, de belleza y quien opta por un camino o por otro. Ahora bien, Carlos Puerto deja siempre la puerta abierta a la esperanza, no es un escritor pesimista ni oscuro, se nutre de la vida, de los viajes, del cine, de la ilusión, de los caminos de la magia, de sus lecturas, de su propia experiencia y de la de los demás.

Una de las claves que acaso sí podemos extraer es que no debemos fiarnos de las apariencias porque engañan y lo que a veces nos puede parecer oscuro, terrible, resulta mucho más transparente si tratamos de conocerlo y comprenderlo. Así hacen los personajes de nuestro autor y así deberíamos hacer nosotros. A menudo, sus criaturas se trascienden a

sí mismas, inician un camino que las lleva a conocer sus propios límites, a dar más de sí de lo que creían y, de paso, a ayudar a los demás porque en la aseveración clásica del «Conócete a ti mismo» socrático late una gran verdad que Carlos Puerto no desdeña. El amor, la amistad, la camaradería, el puro goce de las cosas pequeñas, el respeto hacia lo que nos es ajeno... todos estos son elementos que también están presentes en su obra. Algunos de sus protagonistas son capaces de escapar del corsé que nos aprisiona, de nuestro propio mundo y volar hacia otros lugares en alas de una pantera, en alas de un pelícano, de un murciélago, en alas de la poesía, de la fantasía, de la magia y de la buena literatura. ■

*Anabel Sáiz Ripoll es profesora en el Departamento de Filología Inglesa y Alemana de la Universidad de Almería.

Nota

Todas las citas del propio autor han sido extraídas de un cuestionario que le pasé y que respondió, amablemente, el 3 de abril de 2002. Quisiera también darle las gracias por las facilidades que me ha dado en todo momento.

Bibliografía

- | | |
|------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------|
| <i>La Rosa del Kilimanjaro</i> , Zaragoza: Edelvives, 1988. | <i>La orquesta subterránea</i> , Madrid: SM, 1995. |
| <i>La Rosa del desierto</i> , Zaragoza: Edelvives, 1990. | <i>Criaturas de la oscuridad</i> , Barcelona: Timun Mas, 1996. |
| <i>Sombrero y Fosfatina</i> , Madrid: SM, 1990. | <i>Las huellas del misterio</i> , León: Everest, 1996. |
| <i>El misterio de la ratonera asesina</i> , Zaragoza: Edelvives, 1990. | <i>La mirada</i> , León: Everest, 1997. |
| <i>Un pingüino en el desierto</i> , Madrid: SM, 1991. | <i>Mi tigre es lluvia</i> , Madrid: Gaviota, 1997. |
| <i>El rugido de la leona</i> , Madrid: SM, 1992. | <i>Un frío viento del infierno</i> , Madrid: SM, 1997. |
| <i>Los niños de cristal</i> , Barcelona: Edebé, 1993. | <i>La pesadilla de los monstruos</i> , Madrid: Espasa Calpe, 1997. |
| <i>El extraño caso del circo chino</i> , Madrid: Anaya, 1994. | <i>El espíritu del Bolshoi</i> , Madrid: Alaguara, 1999. |
| <i>El secreto de los gemelos</i> , Madrid: Gaviota, 1994. | <i>Un corte de pelo una sonrisa</i> , Madrid: SM, 1999. |
| <i>¡Hala, vamos a Alabama!</i> , Madrid: Anaya, 1995. | <i>No leas este libro</i> , Madrid: Espasa Calpe, 2000. |
| <i>Las alas de la pantera</i> , Madrid: SM, 1995. | <i>El ombligo del mundo</i> , Madrid: SM, 2001. |
| | <i>Yo fui Toro Sentado</i> , Madrid: SM, 2002. |